

Paddy, arrastrando su escoba con la mano derecha, y teniendo en la izquierda aquel conato de gorra, se acercó con timidez al Inspector.

—¡Vamos, no tengas miedo, Paddy!

—No tengo miedo, señor Gerrard.

—No, pero tiembles. ¿Por qué?

—Porque sois vos, señor Gerrard, quien me habéis llevado una noche á la sección de policía, y ya comprenderéis...

—Si no has hecho nada malo ahora, Paddy, ¿por qué habías de arrestarte?

—Es verdad, señor Gerrard; pero ya sabéis..., cuando se conoce ya la prisión...

—Vamos, acércate,—dijo el Inspector.

Y mientras el chico, todo azorado, se sentaba en el ángulo de un banquillo, mirando sucesivamente al Inspector, al sargento y á los franceses:

—¡Ved aquí (dijo Gerrard á Placial) el primer grado del mal y la infancia de los malhechores! Westminster White-Chapel, Shoreditels, Lambeth, San-Gilles, son los barrios donde más abundan los ladronzuelos. ¿Conocéis á esas jóvenes de diez y ocho años que venden manzanas en cestos, gritando: «Manzanas, á un sueldo el cesto»? Pues bien; ellas son las víctimas de estos mozalbetes que, desde que tienen ocho ó diez años, vagan por las noches, sin vestido, sin gorra, con un pantalón roto y deshilachado, sostenido por un solo tirante, llevando á la espalda una mochila que contiene las cajas de betún, á cuya venta se dedican. La mayor parte son irlandeses. Roban frutas, arrancan las cerraduras y los bronceos de las puertas... Muchas veces llega el policía; pero entonces los chicos se revuelcan en el suelo, lloran, supli-

can, y la muchedumbre, enternecida, los defiende. Mr. Mayhew, el pintor filósofo de *Londres laborioso y Londres pobre*, los ha estudiado y descrito. ¿Pero qué mejor descripción que esto? ¡Ved!

Y el Inspector señalaba al pequeño Paddy, que estaba pálido y temblaba, como si de nuevo se hubiese visto arrastrado á la sección de policía.

—Dios los ha entregado á los deseos de su corazón y de la impureza, de suerte que ellos mismos han deshonrado sus cuerpos,—dijo Jedediah Pickford con tono sentencioso.

—Sea (dijo el doctor Morton); ¿pero negaréis, después de esto, maese Jedediah, que la miseria existe?

—Existe en apariencia (contestó Jedediah); pero el ponerla en evidencia es una falta, y el hablar de ella es cometer un acto antinacional. Todo buen inglés debe cerrar los ojos en presencia de esas llagas, fáciles de curar por otra parte.

—¿Fáciles?—dijo Montpezat.

—¿Sabes leer, pequeño?—preguntó el filántropo á Paddy.

—Sí..., sé leer.... Mi madre me ha enseñado.... No siempre he sido tan pobre ni he estado tan solo como ahora.... ¡He tenido una madre!

—¡Y un padre sin duda!—dijo Jedediah, con su tono sentencioso.

—¡Oh! A mi padre no le he visto jamás,—respondió el muchacho.

—¿Y vuestra madre?

—¡Ha muerto!.... Me acuerdo.... Yo tenía seis años.... Ella lloraba siempre..., siempre.... Decía que la habían abandonado.... ¡Y me abrazaba entonces con una ternura tan inmensa, que me

hacía daño!.... Una noche no volvió á casa.... La encontraron cerca del puente de Londres ahogada....

—¡El fin de una novela de amor!—dijo tristemente el doctor Morton.

—Como no se han cuidado de conocer á Dios (replicó Jedediah), Dios los abandona al espíritu del mal y cometen faltas que no tienen perdón. ¡Venid, pequeño, venid; he aquí el remedio para vuestros males! ¡Tomad! ¡leed! Sí, es para vos,—dijo alargando á Paddy un cuadernito de color verde claro, impreso por la *cofradía de la Perfección*.

El niño miraba aquel cuaderno con aire estúpido, mientras Lemagnen y Poullaouec cambiaban entre sí estas palabras:

—¡Vaya un remedio!

—¡Imbécil!....

Paddy, arrojado á los seis años á las calles de Londres, conñado á las vecinas, á la caridad ó á la casualidad, no conocía los tratados de Jedediah Pickford. Los únicos libros que él había hojeado eran las historias de ladrones, popularizadas por la librería barata: *Jack Sheppard*, *Dick Turpin*, *el Calendario de Newgate*. Conocía mejor el caló, el *slang*, que los sermones.

Cuando tenía algunos peniques, recorría los teatros de White-Chapel, donde los asientos valían cuatro sueldos en los palcos y dos sueldos en el paraíso. Allí aprendía también á robar. Los dramas que se representaban hacían ver cómo puede arrancarse un pañuelo de un maniquí provisto de campanillas, sin que el sonido de ninguna de ellas acusase el menor movimiento. Era la inmoralidad en acción.

Recordaba noches en que, en la escena, un hombre, con el tronco del cuerpo pintado de negro y desnudo hasta la cintura, con las muñecas y los tobillos pintados de rojo, para simular la sangre de las cadenas del negro esclavo, cantaba una interminable canción quejumbrosa, que el público interrumpía, echando al cantor cortezas de pan y espinas de pescado. El hombre, entonces, el *artista*, saltaba á la sala y *boxeaba* con los espectadores; luego volvía á subir al escenario, teniendo en la mano su peluca rizada que se encasquetaba sobre sus cabellos, y volvía á empezar su canción, después de haber gritado al público: «Al primero que me interrumpa, le aplasto».

El pequeño Paddy no tenía otros recuerdos. El ejemplo de la astucia, del mal, de lo asqueroso y repugnante: he aquí lo que había encontrado siempre, y, sin embargo, quedaba en aquella alma joven y sombría, y el Inspector lo sabía bien, un rayo luminoso.

Paddy tenía una afección profunda, absoluta, fraternal, por un compatriota, un irlandés como él, de más edad, que era cantor en las calles, que le había cobrado afecto, le había cuidado mientras el niño estaba enfermo, y trataba de enseñarle lo que eran la honradez y el bien. Este irlandés, este cantor, se llamaba Patrick Donegan.

Paddy se hubiese cortado una mano por Patrick. De todas las criaturas humanas con las cuales había tropezado, el pequeño Paddy no había recibido más que miradas sombrías, sofiones é injurias. Por el contrario, Patrick se había compadecido de él, y le había amado con la fraternidad de la patria y el destierro.

—Ó yo me equivoco mucho, ó Paddy, que sabe muchas cosas, me dirá dónde están vuestros ladrones,—murmuró el Inspector al oído del capitán Montpezat.

—Entonces tendremos que dar las gracias al *pichón*,—dijo Bourrageas, que había oído al Inspector.

Paddy miraba siempre con cierta inquietud curiosa á aquellos extranjeros que le invitaban á sentarse á su lado.

Los ojos del Inspector, que no se separaban del niño, se fijaron de repente en una sortija, una esmeralda, que Paddy llevaba en el dedo del medio de la mano izquierda.

—¡Bonita sortija llevas!

—¿No es verdad que sí?—dijo Paddy.

—Una magnífica esmeralda.

—¿Una esmeralda?—repitió el niño, como si no comprendiese.

—¿Y dónde has cogido eso, Paddy?—le preguntó el Inspector.

—¡No lo he cogido (dijo el niño); lo he encontrado!

—¿Encontrado ó robado?

—Lo he encontrado una noche en Rotten-Row, después del paseo de las jóvenes *misses* y los *gentlemen*: os lo juro,—contestó el pequeño irlandés.

El paseo de Rotten-Row es en Londres lo que la *Vuelta del lago* en París, el punto de reunión de los elegantes.

—¡Acuérdate (volvió á decir el Inspector), que has sido detenido no hace mucho tiempo!

—Sí, sí (dijo Paddy, con espanto). Y la primera vez por vos..., la segunda vez por el sargento Ma-

nuel....: he salido de la cárcel hace un mes. ¡Oh! Y, sin embargo, bien sabéis que lo que yo había hecho.... no era gran cosa. La última vez había visto en el escaparate de una tienda, en Haymarket, una langosta.... tan apetitosa, tan tentadora, tendida sobre la verde hierba, con sus gruesas patas rojas. Yo tenía hambre. Y luego me decía: «¡No te verán, Paddy!» Atraje la langosta hacia mí, con intención sólo de romperle una pata para chuparla. Pero me vieron. Se echaron sobre mí, y me llamaron ladrón. Entonces dije: «Soltadme, y os daré una sortija, una bonita sortija que me he encontrado». «Esa sortija se la habrás robado á algún joyero», me contestaron. Y me arrastraron hasta la estación de policía. Allí me quitaron la sortija, y sin embargo era mía, puesto que la había recogido en la calle; y la prueba, señor Gerrard, la prueba es que me la han devuelto cuando me dejaron en libertad.

—¿Devuelto?—dijo Placial con asombro.

—Sí (contestó el Inspector). La justicia inglesa no castiga más que los crímenes patentes. ¿Quién puede probar, en efecto, que tal objeto encontrado en poder de un hombre detenido no le pertenece? Un ciudadano inglés cogido por haber robado un penique, y en poder de quien se encontrasen diez mil libras, volvería á recuperarlas, después de haber sufrido la pena correspondiente al robo del penique, si no se le pudiese probar que aquel dinero no le pertenecía. Tal es la ley.

—Vamos (añadió dirigiéndose á Paddy). Estoy seguro de que, en efecto, no has robado esa sortija. Pero creo saber también á quién pertenece.

—¿Á quién?—preguntó el niño.

—No tengo necesidad de decirte, Paddy, que debes devolver esa alhaja á la persona que la ha perdido, y que la ha reclamado muchas veces.... ¿Cómo diablos no se atienden mejor estas reclamaciones en Scotland-Yard?

—Decidme á quién pertenece esta sortija, señor Gerrard (contestó el niño), y mañana la llevaré adonde me hayáis dicho.

—¿Lo prometes?

—Lo juro sobre la cabeza de Patrick.

—¡Ah! ¡Patrick Donegan! Pues me extraña que Patrick no te haya dicho que era necesario devolver....

—¡Oh! Patrick no sabe nada, señor Gerrard. No le he dicho que tenía la sortija.

—¿Por qué?

—¡Porque..., lo que me decís que haga, él me lo hubiera dicho también! ¡Y me gustaba esa sortija! Sí, la encontraba bonita..., ¡tan bonita!... Es verde, como la verde Irlanda que canta Patrick. Cuando le veía la guardaba, la escondía. No me la ponía en el dedo más que por la noche, al entrar aquí.... ¡Y aun temía que me hicieran daño para robármela! ¡Oh! ¡No está bien, no está bien! Perdonadme, señor Gerrard. Pero, ¿qué soy yo entonces? ¿Qué soy yo?

—Un ser destinado al mal (dijo Jedediah Pickford); pero en quien unas lecturas sanas....

El Inspector interrumpió bruscamente al filántropo.

—Esta sortija (dijo) pertenece, según todas las probabilidades, á miss Eva Perkins, que la busca, y debes llevarla mañana á Belgrave-Square, número 3.

¡Eva Perkins! Este nombre recordaba á Estradère aquella bella joven de tez de leche, cuyos ojos azules se habían fijado en él la noche en que sir Carlos Harrison había interrumpido tan estúpidamente la representación del domador de fieras.

¿Y por qué, recordando las palabras de miss Eva, *Si puedo seros útil, no olvidéis mi nombre*, asociaba ahora Placial en su pensamiento á Eva y á Genoveva? ¿Quién sabe? La noble joven podía ayudarle tal vez á salvar, á proteger á la desgraciada niña.

Ante todo, era preciso encontrar á Genoveva en el montón de viviendas lúgubres que se llamaba el *Campo de la Puerta Azul*.

—Bien, Paddy (dijo el inspector Gerrard, luego que el muchacho hubo prometido devolver la esmeralda en Belgrave-Square). Ahora, escucha, escucha bien: buscamos en White-Chapel á unos ladrones.... Tú no eres tan malo como dices y crees, Paddy. Si sabes dónde se esconden esos ladrones, creo que nos lo dirás. Piensa, pues, bien en lo que voy á preguntarte.

—¿Preguntarme? (dijo el niño asustado.) ¿Queréis que os entregue á alguno? ¿Y al que yo dijese le llevaríais? ¡Oh! Eso estaría mal hecho, señor Gerrard.

—¡Paddy!

—Arrestadme otra vez; ponedme en la cárcel si no estáis contento de mí, si he hecho mal, si guardar una sortija que se ha encontrado es robar; pero no me pidáis que os designe á las gentes que buscáis. Mirad los que están allá; si yo hiciese eso, y lo supiesen, me estrangularían, y tendrían razón. Lo habría merecido.

—No me comprendes, Paddy. Los que buscamos son malhechores que han robado á sus compañeros, marineros que han despojado á sus hermanos, llevándose la caja del buque, y los franceses que ves ahí son el Capitán, el Teniente y los compañeros de los ladrones.

—¿Son franceses los que buscáis? (dijo Paddy.) No hay franceses en White-Chapel. Si se esconden allí, están bien escondidos, porque Paddy lo sabe todo, y no sabe dónde están. ¡Franceses! Yo bien sé dónde hay una francesa; pero esa, ¡oh!, esa no tiene nada que temer de vos, señor Gerrard. Están tan buena como Patrick Donegan.

Á medida que el niño hablaba, las pupilas negras de Placial se habían animado de un fuego sombrío. Esperaba anhelante la menor palabra de Paddy. Esta palabra la *Francesa*, acababa, en cierto modo, de iluminar á su cerebro como un relámpago.

—¿Una francesa? (dijo al niño.) ¿Habéis dicho una francesa?

—¡La *Francesa*! (contestó Paddy.) Es el nombre que le han dado. La *Francesa*, por quien miran Patrick Donegan y la Alsaciana. ¿Buscáis acaso á la *Francesa* también?

—Quizás (dijo el Inspector). ¿Sabéis dónde está ahora?

—Sí.

—¿En el campo de la Puerta Azul?

—¡Sí!

—¿Pero dónde? ¿Dónde?

—¡Ah, pardiez! Puesto que no se trata de llevarla presa, bien puedo deciros....

Paddy se detuvo, y añadió:

—No sois sus enemigos, supongo.

—¡Sus enemigos! (exclamó Placial.) Somos sus amigos, por el contrario, y los mejores.

—¡Oh! ¡Patrick la ama tanto!... Si os ayudase á hacerla daño, también él me mataría, como aquellos.

Y señalaba en el fondo de la taberna los terribles huéspedes amontonados en silencio en un rincón.

—Buscamos á la francesa para volverla á llevar á....

—¿Volverla á llevar?—repitió el niño.

—Se llama Genoveva, ¿no es verdad?—preguntó Placial, sin contestar á la pregunta de Paddy.

—Genoveva.... Sí.... Patrick la llama Genoveva.... Pero para todos es la *Francesa*.

—¡Ella es! (exclamó Placial con alegría.) ¿Dónde, dónde está su refugio?

—¡Al lado de casa de Johnson, el fumador de opio, en el *lanc* que conduce á la taberna del *Hacha y el Ancla*! Cerca de la casa de Tom-Black.

—Conozco el sitio (dijo el Inspector). Vamos (añadió levantándose bruscamente), no perdamos tiempo. Estamos aún bastante lejos. Venid.

—Sí (dijo Placial): ¡partamos pronto! ¡Estoy impaciente por verla! ¡Ah, Cecilia, Cecilia!

Se hablaba á sí mismo, mientras Paddy escuchaba, preocupado ahora, y vagamente inquieto por el fin que se proponían aquellos hombres conducidos por Gerrard.

Después de pagar á Talbot, los compañeros de Placial se levantaron, y Montpezat dijo al Inspector, meneando la cabeza:

—¿Y mis ladrones?

—¡Vamos andando! ¡Los encontraremos quizá

al mismo tiempo en la taberna del *Hacha y el Ancla!*

El Inspector salió el primero, mientras el sargento Hudson, apoyado en su bastón, cerraba siempre la marcha.

Jedediah Pickford, al retirarse, dió á Paddy este útil consejo :

—¡El tratado! ¡Leed el tratado! ¡Es el remedio!

Apenas se encontraron en la calle, cuando los numerosos huéspedes de maese Talbot volvieron á entonar en coro las horribles coplas del *Árbol de Tyburn*, como en son de reto á la policía que se alejaba.

Paddy, que se había quedado solo en la mesa grande, delante de las jarras de *porter*, se vió instantáneamente rodeado por todos aquellos seres harapientos, estatuas vivas de la miseria.

—Y bien, Paddy: ¿qué querían los *ojos de buey*?

—¿Á quién buscan?

—¿Qué te han preguntado?

—¿Os han sacado bien las pulgas de los vestidos, Paddy?

Paddy, con el pensamiento en otra parte, balbuceaba, contestaba con vaguedad y reflexionaba.

Un terror creciente se apoderaba de él.

¿Por qué le habían arrancado aquellas gentes las señas de la *Francesa*? Habían hablado de volverla á llevar. ¿Volverla á llevar dónde? ¿Entregarla á quién? ¿Y si su intención fuese hacerla daño? Puesto que se había refugiado en White-Chapel, sería porque huía de un peligro, de un enemigo. ¿Y si ese enemigo fuese aquel francés cuyos ojos estaban brillantes de fiebre?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! (exclamó de repente

Paddy, pasando con desesperación sus manos delgadas por sus cabellos llenos de polvo.) ¡He sido más bruto que un perro! ¡He hablado! He sido traidor á Patrick! ¡Van á arrebatársela; se la van á llevar! ¡Ah! Dejadme (dijo, separando bruscamente á la gente que se inclinaba hacia él). Necesito salir; es necesario que llegue antes que ellos. ¡La harían daño! ¡La arrestarían! ¡Dejadme, dejadme pasar!

Y saltando hasta la puerta delante de los huéspedes, estupefactos, de maese Talbot, el pequeño Paddy se lanzó á la calle, corriendo desahogado, loco, y gritando en la niebla siniestra, como si su amigo le hubiese podido oír :

—¡Patrick! ¡Patrick! ¡Buscan á la *Francesa*! ¡Ten cuidado con ella, Patrick!.... ¡Y ten cuidado contigo mismo!